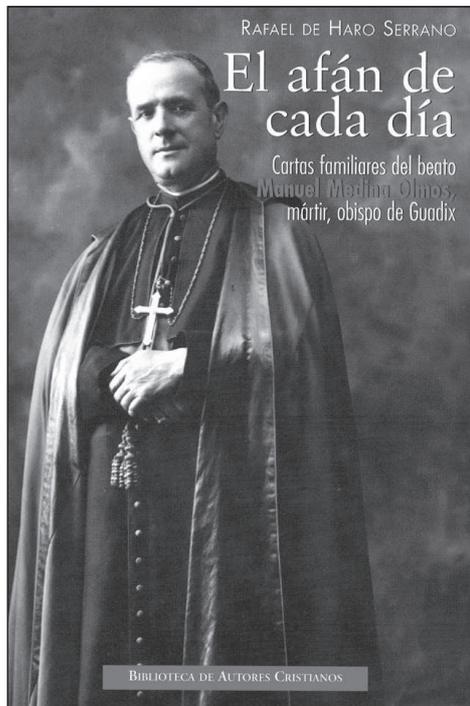


**DE HARO SERRANO, Rafael.** *El afán de cada día. Cartas familiares del beato Manuel Medina Olmos, mártir, obispo de Guadix.* Madrid: BAC, 2010. 287 págs.



Rafael de Haro Serrano, ilustre accitano que vive en la ciudad de Córdoba, es el historiador que ha dedicado más tiempo al estudio de la vida y obra del obispo de Guadix, Manuel Medina Olmos, beato de la Iglesia, como lo demuestran las dos biografías que sobre este personaje escribió. La primera, *Manuel Medina Olmos, obispo de Guadix-Baza. Apunte biográfico*, precioso opúsculo, que vio la luz en 1993 con motivo de su beatificación por el papa Juan Pablo II; la segunda, *Testigo de su Fe. Biografía de Manuel Medina Olmos*, publicada por la Biblioteca de Autores Cristianos en aquel mismo año. Continuación de los mismos es el libro que nos proponemos reseñar: *El afán de cada día...*, también publicado por la BAC en 2010. En realidad, éste y el anterior libro citado estaban en ciernes en la primera biografía publicada, dando título a dos sendos artículos, «Testigo de su Fe», el uno, y «El afán de cada día», el otro. Tras lo expuesto, pudiera parecer que las obras reseñadas y los artículos escritos sobre Manuel Medina Olmos en *Nieve y Cieno* y otras revistas, fueran obras de ocasión, escritas al rebufo de la beatificación, no siendo así, sino que,

como aclara el propio Rafael de Haro Serrano en el prólogo de *Testigo de su Fe*, la investigación la venía haciendo desde el verano de 1989, “cuando el autor no tenía conciencia de estos intentos de beatificación”. Desde hacía tiempo se veía atraído por la rica personalidad del personaje en sus multiformes manifestaciones: eclesíásticas, religiosas, humanas, sacerdotales, evangélicas, misionales, pedagógicas, culturales, publicistas y por el ejemplar final de su vida violentamente arrebatada.

A glosar la multiforme personalidad de Manuel Medina Olmos dedicó las biografías señaladas, pero en ambas dejaba explicitado que, para adentrarse en los entresijos de la personalidad del biografiado, era necesario estudiar una serie de cartas que habían llegado a nosotros, algunas de las cuales referencia y comenta, sobre todo en el número de la revista accitana *Nieve y Cieno* correspondiente al año 2009, donde también manifiesta su proyecto de publicar el libro que nos ocupa. Son casi doscientas sesenta cartas, que conservadas con verdadera veneración, son fruto de una correspondencia que comienza en la primavera de 1897 y acaba bruscamente en el verano de 1936 con la muerte violenta del Obispo. La mayor parte de ellas, si apartamos las escritas al nuncio Federico Tedeschini, son cartas dirigidas a monjitas de clausura, residentes en Granada, y a un jesuita lego, Antonio Navas, que tienen en común ser familiares o amigos del Obispo, en su mayoría paisanos de Lanteira. A través de ellas, se nos muestra al Manuel Medina Olmos director espiritual, atento en dar solución a los problemas espirituales de sus dirigidas y dirigido. Pero no fue don Manuel un director espiritual al uso y sus cartas tampoco fueron exclusivamente de conciencia, sino

que en ellas, además del cuidado espiritual, se abordan aspectos de la vida cotidiana, del “afán de cada día”, esto es, enfermedades, nacimientos, muertes, fiestas, viajes, estudios, etc. Por esta razón, el autor, que tiene la virtud de intitular muy acertadamente, las llama “cartas familiares” y al libro le da el título de *El afán de cada día*. Tienen, pues, las cartas en cuestión, el valor de transmitir el palpito familiar, de sus dirigidas y de él mismo, con la veracidad de aquello que se escribe sin ánimo de ser publicado. Palpito que, a veces, es expresión de la contextura nacional, sobre todo en tiempos difíciles, y que incide en el reducido ámbito conventual, absorto en sus propias vivencias. Nos referimos a los acontecimientos acaecidos a partir de 1931, con el advenimiento de la Segunda República, en España, Madrid, Granada, Guadix y el propio pueblo de Lanteira. Acontecimientos que impactan en las religiosas, la vida conventual y en el propio Obispo.

La lectura de las cartas también nos permite descubrir a un Manuel Medina Olmos como escritor ascético-místico, faceta esta última que él tampoco pretendió. No fue nuestro beato un escritor que cultivara el género místico o devocional, aunque sí fuese lector de este tipo de literatura, sobre todo de la española de los siglos XVI y XVII, tan excelsa, y en menor grado de la literatura mística contemporánea del siglo XIX y principios del XX, como lo demuestra que aconseje a sus dirigidas y dirigido la lectura de Tomás de Villacastín, sacerdote jesuita que vivió entre los siglos XVI y XVII, y que alcanzó gran fama. La dirección espiritual de Manuel Medina Olmos se caracteriza por centrarse en lo fundamental y en el conocimiento de la persona. Tres son sus ideas centrales: el ejercicio de la humildad, la fuerza de la fe y el valor del ejemplo. Las cartas, pues, que el autor ha recopilado y pone en nuestro conocimiento, tienen un alto valor como documentos históricos, por permitir completar el conocimiento de su autor, penetrar en sus entresijos como persona, manifestar el palpito de la vida conventual en el primer tercio del siglo XX, así como el de la vida cotidiana y los grandes acontecimientos vividos en la España del momento. Subrayado todo ello por el autor de este libro, desde la perspectiva de su condición de historiador católico, manifiesta que el fin último de su obra es “acercar la persona de don Manuel al hombre de hoy”. Propósito que puede parecer difícil de conseguir en una sociedad extremadamente laica como es la española en la actualidad, pero no imposible, como opina el prologuista, don Juan García-Santacruz Ortiz, obispo emérito de Guadix recientemente fallecido: “Porque la condición humana y cristiana de cualquier persona, y más aún de quien va camino de ser santo, se transmite no sólo a través de sus grandes gestos, o realizaciones, sino también a través de sus expresiones íntimas”.

Para conseguir los propósitos señalados, el presente libro se organiza del siguiente modo, como se puede advertir en el índice general con que comienza: «Prólogo», primorosamente escrito por el mencionado obispo de Guadix, don Juan García-Santacruz; «Presentación», a cargo del prestigioso historiador José Andrés-Gallego, quien, además de realizar una serie de agudas consideraciones, señala dos momentos claves en la correspondencia de Manuel Medina Olmos, uno primero que coincide con su consagración como obispo, a partir del cual las cartas se hacen más escasas y breves en su extensión, y otro segundo, que tiene como fecha concreta la de 1931, o sea, la proclamación de la Segunda República, en el que se manifiesta en las cartas el miedo a la agresión, a la violencia, al asedio y a la quiebra de la clausura. Les sigue una «Introducción» escrita por el propio autor, en la que explica el plan de la obra, sus objetivos y la metodología que va a seguir. Muy acertadamente, incluye unas páginas dedicadas a la documentación consultada y a la bibliografía, sucinta, pero escogida. Este cuerpo preliminar, acaba con una página dedicada a las siglas y abreviaturas empleadas.

El cuerpo principal del libro se estructura en doce capítulos, a los que se suma un anexo documental, un capítulo de agradecimientos y un índice onomástico y de materias, propio de las publicaciones de la BAC, que si engorroso de elaborar, resulta de gran utilidad para el lector. En el primero de los capítulos, «Los corresponsales del obispo», se traza el perfil biográfico de las tres monjitas, Visitación, Magdalena y Rosario, del jesuita lego Antonio Navas y de Antonio Medina Olmos, hermano del Obispo. Lejos de una mera prosopografía que sólo ve los aspectos externos de los personajes, Manuel Medina Olmos trata de penetrar en el alma de los mismos, en su psicología y carácter. Así nos muestra a una Visitación, monja en el beaterio de Santa María Egipciaca de la calle Recogidas granadina, donde vive anónimamente su vida, que sin ser sobrina de sangre es tratada como tal y acaba siendo su “mano derecha” en todos aquellos pequeños asuntos que le encarga, como la compra de alfombras e imágenes para las iglesias de la Diócesis o el arreglo de prendas de vestir. A su cuidado se debe el grueso de las cartas que se relacionan. Magdalena, monja clarisa, era maestra avemariana muy bien formada y mimada por don Andrés Manjón. Tenía una salud quebradiza y una propensión a la vida mística, cuyas experiencias expresa con preciosa pluma, lo que obligó a Medina Olmos a esmerarse literariamente como director espiritual. Rosario, a la que llama cariñosamente “Mariquita de Juan Onofre”, por ser dicharachera como lo fuera esta antigua familiar suya. Sobrina de primos hermanos, es la más joven de sus dirigidas y apreciada por don Manuel con gran ternura, lo que no quita que fuese dirigida con bastante dureza. Sería ella la que recibiera la última carta del beato. Antonio Navas, jesuita lego, era una persona sencilla y buena, que ingresó en la compañía de su mano y al que dirigió inculcándole los valores de la fe, la humildad y el cumplimiento de la regla. Antonio Medina Olmos, su hermano, que como él estudió en el seminario de Guadix y vistió la misma beca que fuera de don Manuel Olmos, el “tío cura de Caniles”. No se conoce, por ahora carta alguna de las que le dirigió a lo largo de su vida. El perfil biográfico de este personaje es el más completo de los realizados hasta el momento.

Con el título de «Una correspondencia articulada» emprende el autor el segundo de los capítulos. Debe su nombre a la intención de presentar cada una de las partes del epistolario de manera articulada, esto es, sin cortes bruscos en su estructura. Así, dada la multiplicidad de temas tratados en el epistolario, resalta aquéllos que más interesaron al beato: «La fe que vence al mundo», principio que él trata de inculcar a sus dirigidas y dirigido; «La realidad innombrable», o sea, su actitud ante la muerte; «La vanidad infantil», término con que algunos de sus contemporáneos han calificado la tendencia a autoalabarse de forma un tanto inocente; «El elogio del camino sencillo», método aplicado frecuentemente por don Manuel en su dirección espiritual: el mejor camino para alcanzar la santidad no son las grandes empresas, que no llegan a alcanzarse, sino los sacrificios sencillos y alcanzables; «Testimonios y presencias de la dirección espiritual», esto es, la dedicación y el amor empleado en el cuidado de las almas, reflejado en las cartas a sus dirigidas y a otras monjas de Granada; «Mis amigos», epígrafe que refleja la amistad sincera que dispensó a don Andrés Manjón con quien se involucró en la empresa del Ave María, a don Diego Ventaja, canónigo como él de la abadía del Sacromonte, obispo de Almería, compañero en el martirio y beato de la Iglesia; a Antonio Peláez Manrique, compañero del seminario de Guadix y chantre de su Catedral; y a los hermanos Ribot, industriales granadinos.

El capítulo tercero lleva un título algo sugerente: «Del estilo al papel. Formas del epistolario». En el mismo se habla de la vocación literaria de don Manuel, desde el teatro infantil a las obras de carácter jurídico, histórico y pedagógico. Su estilo es conciso, de frases cortas

y precisas, como ocurre en las cartas familiares, si bien también emplea un estilo ciceroniano, con frases de periodo amplio y ampuloso, en libros y sermones. Su lenguaje era culto y escogido, pero sabía cambiar de registro y utilizar el modo de hablar de las gentes sencillas en las homilías y teatro infantil. Escribía generalmente en papel normal e, incluso, en donde podía, aunque siendo obispo empleó el papel con membrete del Obispado o del Ave María.

A partir del capítulo cuarto, se aborda la presentación de las diferentes cartas familiares, que el autor estructura siguiendo un criterio cronológico y atendiendo a los principales hitos de la vida de don Manuel y los acontecimientos nacionales. Así, con el título «La tierra y la sangre (1869-1901)», historia el periodo de tiempo que va desde su nacimiento hasta el principio del reinado de Alfonso XIII e incluye las cartas escritas desde 1897. Diacrónicamente, van apareciendo las cartas escritas siendo rector del Sacromonte, en los años en que el sistema de la Restauración entra en crisis; durante la enfermedad y muerte de don Andrés Manjón, que tanto le impactó; siendo obispo auxiliar de Granada, obispo de Guadix; en los momentos críticos de la Segunda República; como administrador apostólico del obispado de Almería, hasta terminar con el terrible encuentro de la madrugada del 30 de agosto de 1936. Cada capítulo comienza con unas «Notas históricas», en las que contextualiza el momento histórico en que se escriben las cartas. En este sentido, se debe subrayar la sabiduría con que el autor realiza la labor de selección de los acontecimientos históricos, políticos, religiosos y culturales, a cuyo lado y en el mismo orden de importancia coloca los acontecimientos familiares.

Los anexos documentales con que termina el libro son de gran importancia, como es el caso de la carta manuscrita del cardenal Vicente Casanova y Marzol a don Manuel, siendo obispo de Guadix, por explicar las razones profundas de sus reticencias a las escuelas del Ave María o la carta de Segundo Arce Manjón, por su valor testimonial, e incluso, por su curiosidad, el estudio de las firmas de don Manuel.

En definitiva, estamos ante un libro original y de gran valor, por la aportación que supone la publicación de las cartas escritas por el obispo Manuel Medina Olmos como director espiritual de un reducido número de religiosas y de un jesuita, a los que les unían lazos familiares, de amistad o de paisanaje. Las cartas, en sí mismas, tienen un gran interés para el historiador, por la multiplicidad de matices que destilan; para el amante de la literatura en general y mística en particular; para los sacerdotes y religiosas; y para el lector en general por la calidad de la obra. Rafael de Haro Serrano ha realizado un magnífico trabajo de investigación histórica, de recopilación, ordenación y clasificación, a lo que se suma la altura literaria de los comentarios y el mérito de los contextos históricos y selección de documentos. Sabiduría que también se explicita en las notas a pie de página. Finalmente, he de decir que su objetivo de acercar al lector a la persona del beato Manuel Medina Olmos está plenamente conseguido.

*Manuel JARAMILLO CERVILLA*  
*IES «Pedro Soto de Rojas» (Granada) y Centro de Estudios «Pedro Suárez»*